

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cada nuevo libro que viene á mis manos y trata de feminismo, renueva el interés que esta cuestión ha despertado en mí en los años durante los cuales se pone todo en tela de juicio y tras de un examen más ó menos detenido se forman y enraizan las convicciones.

Hay convicciones de dos clases: las que nacen de cierta disposición íntima de nuestro espíritu hacia la verdad, y las que impone la vida con sus transacciones, sus desgastes del ideal al áspero roce de necesidades y circunstancias.

Las convicciones primeras hubiesen hecho de mí el más ardiente campeón activo del feminismo. Las segundas me imponen actitud de espectadora, no indiferente, lejos de eso, pero paciente y reflexiva, segura de que no por tirarles de las hojas á los arbutos crecen más pronto, y recelosa, á fuer de individualista, de cuanto la obra colectiva lleva en sí de impuro y turbio. Hablo, entiéndase bien, de la obra colectiva consciente, voluntaria, no de la inconsciente, que es casi siempre admirable y segura.

Pero cuando un espíritu culto, una mente adornada con múltiples conocimientos, plantea otra vez, desde el punto de vista propio, esta cuestión del feminismo, tan tratada, tan debatida, tan removida en los países que marchan de vanguardia, me agrada volver las hojas del libro, repararlas, meditar un punto y reconocer, con una especie de curiosidad intuitiva, lo que he andado (en un sentido ó en otro, todo es andar), y lo que ha andado el mundo alrededor de mí, desde que puede mi razón hacerse cargo de su marcha. Y esto voy á practicar con el folleto que tengo á la vista, obra del escritor sudamericano Carlos Octavio Bunge, titulado *Educación de la mujer*.

Empezaré declarando que, realmente, sobre feminismo no existe lo que pudiéramos llamar controversia. Se escribe infinito; se ha juntado ya una biblioteca enorme de monografías y estudios sobre el feminismo, biblioteca á la cual las plumas femeniles no han dejado de aportar lucido contingente; pero sería difícil llenar un estante con trabajos razonados antifeministas, de crítica, de filosofía ó de sociología, serios y dignos de consideración. La biblioteca antifeminista se compondría de:

A.—Diatribas, invectivas y jocosidades, sembradas al azar en libros que no tratan directa ni á veces indirectamente la cuestión.

B.—Capítulos ó fragmentos de obras científicas en que se aprecia con carácter científico la capacidad de la mujer, según los datos fisiológicos y biológicos, interpretados no siempre rigurosamente.

C.—Sátiras en verso ó prosa, de las cuales es modelo el divertido libro de Barbey d' Aureville *Les bas bleus*.

D.—Trabajos que podemos llamar de conciliación, en los cuales, haciendo algunas concesiones al feminismo, se le fijan límites, que suelen medirse por la longitud del paraguas del autor, ó sea sus aprensiones y rutinas.

Una obra de metódica impugnación al feminismo no la recuerdo, si es que existe. Hablo de impugnación por el razonamiento, de impugnación con fundamento y aparato demostrativo. Acaso se haya escrito esta obra: digo solamente que no la conozco.

Es cierto que hombres de valía, pensadores de alto vuelo, parecen, á juzgar por pasajes sueltos de sus escritos, hostiles á las reivindicaciones feministas y convencidos de la inferioridad de la mujer. (No es lo mismo una cosa que la otra, pues muchas reivindicaciones feministas podrían sustentarse aunque se demostrase esa inferioridad, siempre relativa.) Pero esos pensadores y escritores—por ejemplo, Nietzsche

y Schopenhauer—no trataron la cuestión de propósito, y hasta se contradijeron respecto á ella, como sería fácil demostrar con citas. Los que escriben resueltamente sobre feminismo, son favorables á él, y aunque restrinjan ó atenúen las reclamaciones feministas, nunca se muestran conformes con el estado presente, y solicitan modificarlo, extender el radio del derecho y de la vida femenina.

Carlos Octavio Bunge viene del campo pedagógico. Es en su patria un profesor, y es conocido en todas partes por sus trabajos sobre educación, contenidos en varios volúmenes, de los cuales alguno corre en francés, formando parte de esas bibliotecas que difunden la ilustración, al lado de las obras de los modernos filósofos franceses y alemanes. La obra á que aquí me refiero ha sido presentada á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires para optar á la suplencia de la Cátedra de Ciencia de la Educación. En sus breves páginas debemos, pues, encontrar, y encontramos, resumidas y condensadas las ideas de un americano joven todavía, versado y embebido en las recientes teorías sociológicas y pedagógicas; y este testigo no desmiente mi anterior afirmación: es partidario y defensor del feminismo, de cierto feminismo, muy considerable y útil, aunque no sea radical.

Bunge empieza reconociendo que las esenciales modificaciones que hoy pueden notarse en el concepto de la educación femenina no son ni pueden ser fenómeno aislado y abstracto, sino un producto de la evolución histórica. Si cambia de lleno el sistema de educación de la mujer, si se percibe movimiento en este sentido, es que han cambiado las ideas acerca de su destino venidero. No es, pues, ya posible considerar que la mujer se eduque solamente para la familia, ni acaso preferentemente para la familia—tal conclusión se deduce al pronto de la exposición histórica con que Bunge encabeza su opúsculo.

Sirve también á Bunge esta excursión histórica para comprobar que es muy escaso el progreso de la condición de la mujer y reducidas las conquistas positivas del feminismo en la actualidad. Y lo son efectivamente; decir otra cosa sería forjarse ilusiones. La situación de la mujer poco ha variado, poco ha evolucionado; la distancia entre lo pensado y filosofado y lo realizado y cumplido es, en este respecto, enorme, incalculable. En el orden especulativo está emancipada la mujer, nivelada, en lo más esencial, con el varón; en el orden práctico, su dependencia y sujeción persisten.

Curiosa verdad: aun en los espíritus más predisuestos á aceptar la transformación que llevarían consigo las conclusiones radicales del feminismo, ejerce acción decisiva la costumbre tradicional. No es feminista más que el cerebro de Europa. En cuanto al resto del organismo, persiste todo, lo emocional, lo sensual, lo material y mecánico, de cuanto hace relativa y adjetiva la vida de la mujer.

Las conquistas de hecho que la mujer va realizando, ó que, mejor dicho, se le realizan, las debe á la marea creciente del socialismo. La sociedad burguesa, entre sus muchos errores, que no hace falta ser socialista para reconocer, ha cometido este: dejar al socialismo que represente la emancipación económica de las mujeres. Y de un modo insensible, por sólo la fuerza de la lógica, la economía social cumplirá esta misión, igualará á las dos mitades de la humanidad.

Puesto á comparar, Bunge no cree en inferioridades, sino en diferencias, y diferencias determinadas por las leyes biológicas, entre los sexos. Estas diferencias, que no son físicas, tampoco las considera fatales, sino modificables. Y entre estas diferencias modificables, algunas, como la reconocida por Orchanski, que concede á la mujer el privilegio de retrotraer á la especie á la línea armónica de la normalidad, atenuando la transmisión de los estigmas y particularidades de la herencia, pudieran conceptuarse superioridades. La idea de inferioridad parecele á Bunge, y con razón, errónea, y propia para desquiciar la cuestión, llevándola á lo pueril.

Corresponde á la mujer el oficio de conservar, al varón el de evolucionar, oficios igualmente importantes, y la evolución, hace notar acertadamente Bunge, no siempre es progresiva, es muchas veces regresiva. No porque represente la evolución es superior el hombre.

Es prudente y acertado el punto de vista en que Bunge se coloca, y su estudio, tan corto, tiene jugo. Tiene razón cuando dice que no cabe en cabeza bien organizada la suposición de que los hombres hayan urdido conspiraciones para someter á la mujer á situación de inferioridad. Ha sido resultado natural de la evolución en determinado período, como el cambio de ese estado de cosas será resultado de la evolución en otro grado más alto, y vendrá á pesar de que las mujeres, en su inmensa mayoría, no se inte-

resan por sí mismas, ó tal vez son obstáculo á su propio mejoramiento, adelanto y conveniencia.

Exacta es también la afirmación de que la psicología femenina está mal conocida y que sobre ella se han propalado, con ínfulas dogmáticas, peregrinos errores. No ha mucho creo haber escandalizado por sostener, en uno de esos momentos en que se habla desde adentro, que la mujer no es más sensible que el hombre, aunque lo parezca. Bunge combate asimismo la idea, cara á los poetas y á los literatos, de la complejidad del alma femenina. «La psicología de la mujer—dice Bunge—es más simple que la del varón.» Innegable, aunque circunstancias que el propio pensador reconoce hagan que la mujer pueda ser, y hasta necesite ser, maestra en las artes del disimulo, y que una mujer leal enteramente, sincera como debiera ser el hombre, se encuentre colocada en peor caso, indefensa, en condiciones de inferioridad para la lucha, como desarmado paladín.

El feminismo de Bunge, consecuente con su apreciación del carácter general de la psicología y biología de cada sexo, es un feminismo mitigado, con tendencia á tomar en cuenta principalmente en la educación (á pesar de indicaciones más amplias al principio) el dato del sexo. La educación moderna, dando extensas facultades á las mujeres «cuyas aptitudes las llamen á las profesiones, debe mantener en la masa femenina el tipo medio de la mujer mera esposa y madre, de la mujer hembra mamífera, de la mujer mujer.» Confieso que aquí me separo de las conclusiones de Bunge. La educación va siempre, y debe ir, contra las propensiones. La obra educativa no necesita robustecer tendencias ingénuas, basadas en leyes fisiológicas y biológicas: la maternidad es una de estas tendencias profundas, incontrastables, y la educación más viril no las suprimiría, como el seno cortado de la amazona no la impediría lactar con el otro seno. La educación no desarrolla ni comprime instintos tan fundamentales. La fiera, mientras es madre, lo es con más vehemencia que la hembra humana, porque la maternidad brota de un instinto que no puede aprenderse ni enseñarse.

Lo que conviene pedir á la educación es justamente lo que no nos ofrece íntegro y fuerte la naturaleza sola. La educación, en cierto sentido, se opone resueltamente á la naturaleza, por la cual seríamos mero instinto desatado—llámese ese instinto maternidad, adquisividad, reproducción ó destrucción.

Por combatir el instinto es por lo que en pedagogía no se ejerce acción á proporción del esfuerzo empleado. Si este problema de la pedagogía es tan difícil, si la educación es tan costosa, consiste en que, en cada niño que nace, el instinto reconquista lo modificado ó comprimido por la pedagogía en generaciones anteriores, y hay que volver á tejer la tela, rota por la vigorosa mano de la naturaleza, remontar la corriente impetuosa de la espontaneidad de ese nuevo ser, peinar pelo arriba toda su voluntad.

En mi concepto, pues, débese educar á la mujer no sólo virilmente, sino humanamente, educación más fuerte y completa todavía, «más allá del macho y de la hembra.» No preocuparse de su instinto natural de hembra y madre, que ya se desarrollará él solo perfectamente y con las poéticas sorpresas que le caracterizan. No encerrarla en la higiene y la costura, la economía doméstica y la pedagogía elemental, criándola para nodriza, ama de casa y primer maestra; enseñarle como se enseñó al niño primero, al joven después, y cultivar facultades que tienden á la atrofia, no las ya hipertroficadas.

Descartada esta diferencia, realmente fundamental, entre el criterio de Bunge, en pedagogía tan ilustrado, y el mío, sin autoridad alguna, las concesiones del joven pedagogo me parecen suficientes, para el tiempo en que vivimos, y en el cual, por aprisa que se camine, siempre ha de conservar peso muy grave la tradición. El acceso de la mujer á todas las profesiones (y supongo que á todas las plazas para las cuales esas profesiones dan aptitud, aunque Bunge se muestra restrictivo en lo que concierne á las cátedras), es ya mucha magnanimidad, y con ella habría para conformarnos provisionalmente. En lo que respecta á los salarios, he de dirigir una última observación á Bunge. Aquí, al menos, la diferencia del salario de la mujer y del hombre, en la labor del campo, doy fe de que es debida á preocupaciones y tradiciones. Aunque las braceras trabajen tanto ó más que los braceros, el hecho de ser «mulleres» basta para que no se pague igualmente su labor.

Y basta de feminismo, aunque difícilmente habrá tema que con más derecho, con más actualidad, con más generalidad, caiga dentro de la rúbrica de «la vida contemporánea.» Estos renglones demostrarán al ilustrado argentino que le he leído despacio y que he pensado con él, aunque no en todo como él.

EMILIA PARDO BAZÁN.